

Sombras suelen vestir la noche y Borges

por Juan DOMINGO ARGÜELLES

SIETE NOCHES, JORGE LUIS BORGES, FONDO DE CULTURA ECONOMICA, MEXICO, 1980.

La ceguera no ha sido para mí una desdicha total, no se la debe ver de un modo patético. Debe verse como un modo de vida: es uno de los estilos de vida de los hombres".

Como puede verse, Borges no ha cambiado en absoluto su visión del mundo. Ciertamente este nuevo libro es en cierto modo un viejo libro, o por lo menos un libro no tan nuevo. Decimos esto porque *Siete noches* es en realidad la recopilación corregida de las precisamente siete conferencias dictadas por Borges en 1977 en el Coliseo de Buenos Aires. Sin embargo, a pesar de haber, Borges, escrito el texto ya hace tres años, puede comprobarse lo que él mismo dijo en el sentido de que *Siete noches* es su testamento.

Prosa admirable la del Borges de siempre no pierde un solo momento para buscar referencias eruditas, citar kilómetros de versos cuando no de sonetos y, terminar siempre y a final de cuentas con la amarga o nostálgica referencia personal o con la jactancia feliz de su condición de escritor; y decimos condición porque decir oficio en Borges es ofensa. No se espere encontrar nada nuevo en este Borges nocturno —doblemente nocturno, en verdad— puesto que si de hecho se hallara algo nuevo, este Borges sería un impostor.

Siete noches, ha dicho Borges "son los temas que tanto me han obsesionado". Obsesiones que siempre tendrán motivo para desembocar en las sombras, en las tardes, en las noches, en la ceguera que valientemente lleva él en sus ojos porque no en su memoria y puesto que él mismo al hablar de su otra condición ha dicho que no se considera un ciego cobarde. *Siete noches* son siete noches para la disertación y la digresión, para hablar del feliz comercio, para usar una palabra del propio Borges, con *La divina comedia* o para mejor decirlo con la *Comedia* para no traicionar a Dante: *Siete noches* es también el eco y la interpretación de "La pesadilla", donde Borges se da la mano con las literaturas sajonas, adentrándose en los recovecos oscuros también como sus ojos de los sueños y las pesadillas que a veces lo cercan, lo obsesionan y le obligan a dictar versos. *Las mil y una noches*. Tercera noche en la que el autor de *Ficciones* asombra con su más grande pasión literaria —juntamente con el *Libro de Job*—, el *Libro de las mil y una noches* o para decirlo de otra manera, como dice Borges que prefiere Burton, *Book of the Thousand Nights and Nigh*, *Libro de las mil noches y una noche*. Borges habla toda la erudición de setenta y siete años en ese entonces —que ahora son ochenta— y nos revela: "Hay un cuento que es el más famoso de *Las mil y una noches* y que no se lo halla en las versiones originales. Es la historia de *Aladino* y la lámpara maravillosa. Aparece en la edición de Galland y Burton buscó en vano el texto árabe o persa. Hubo quien sospechó que Galland había falsificado la narración. Creo que la palabra 'falsificar' es injusta y maligna. Galland tenía tanto derecho a inventar un cuento como lo tenían aquellos confabuladores nocturnos. ¿Por qué

no suponer que después de haber traducido tantos cuentos, quiso inventar uno y lo hizo?"

La noche número cuatro es la noche del budismo que Borges venera y que ve como un camino de salvación que aunque no es para él sí lo es "para millones de hombres". Nada conocemos del budismo cuando oímos hablar a Borges, mucho menos después de haberlo escuchado totalmente, porque nos queda la idea de que lo que el escritor argentino ha expuesto no es su fervor sino su jactancia de hablar de "la religión más difundida del mundo" y "habría tratado con todo respeto".

Siete noches tiene también una fracción de esa totalidad para que su autor se desborde en "La poesía". En 1969 Borges escribió: "mi prosa no puede eclipsar mi poesía". Ciertamente no la eclipsa y seremos más extremos aún: la poesía es la que a últimos tiempos ha opacado un poco su prosa. Porque Borges es esencialmente poeta. Gran poeta que puede darse el lujo de la jactancia de modestia que un día tuvo Cervantes cuando dijo: "Yo que tanto me afano y me desvelo, por parecer que tengo de poeta/ la gracia que no quiso darme el cielo". Jactancia de Borges que se agudiza cuando expresa: "Tengo para mí que la belleza es una sensación física, algo que sentimos con todo el cuerpo. No es el resultado de un juicio, no llegamos a ella por medio de reglas; sentimos la belleza o no la sentimos". Y concluye con total acuerdo con el poeta Angelus Silesius: "La rosa sin porqué florece porque florece".

La cábala y los libros sagrados discurren por la sexta noche de este Borges que en la última noche desemboca en su otra condición: "La ceguera". Ceguera que por familiar ya le es de cierto modo hermosa porque acaba por conciliarse con ella, de hacerla cómplice de su sueño constante, de sus sombras fieles; acaba en fin por aceptar esa su otra condición como un destino inapelable a la vez que necesario. Homero y Milton fueron ciegos. Borges lo es y se hermana con ellos no sin cierto rubor que no sabemos hasta qué punto es verdadero. José Mármol y Paul Groussac, fueron en sus respectivos tiempos y en sus respectivas cegueras, directores de la Biblioteca Nacional. Borges también lo será de 1955 a 1973. Y por ello Borges escribe: "Nadie rebaje a lágrima o reproche/ Esta declaración de la maestría/ De Dios que con magnífica ironía/ Me dio a la vez los libros y la noche". Justamente el poema se titula "Poema de los dones", porque en Borges la ceguera es un don divino, un don que mitifica, venera; un don que lo identifica con el sabio aberrado que a cada instante mira en la noche lo que no pueden mirar sus ojos en el día.

Vivir quiero conmigo,
gozar quiero del bien que debo al cielo,
a solas sin testigo,
libre de amor, de celo,
de odio, de esperanza, de recelo.

Borges cita con admiración la estrofa anterior, obra de quien el poeta argentino denomina el "mayor poeta español", Fray Luis de León. De esta estrofa hace un credo, su credo; de su condición de ciego hace una pasión de iluminado. Y esta sí es la verdadera historia de una pasión argentina. Sombra, sí. Pero sombra iluminada.



JORGE LUIS BORGES. *Siete noches* que son siete obsesiones. Obsesiones que se quedan en una condición apasionada: su ceguera.